

Finalmente en la tercera parte expone sus conclusiones y desarrolla su teoría de la teodicea como un discurso práctico. El autor intenta mostrar que la teodicea falsifica la descripción de la realidad y que construye sueños que nos distraen de los problemas reales. La teodicea —dice Tilley— invita a distanciarse del mal y el pecado e intentar comprenderlo, idealizando así los males. El autor critica especialmente los intentos de R. Swinburne, a quien curiosamente acusa de querer definir el mal y de usar un lenguaje sexista, y la teodicea de J. Hick, quien —dice— olvida la existencia de estructuras sociales de pecado. La conclusión del autor es que la teodicea ha de ser abandonada pues no resuelve el problema del mal sino que lo crea (cfr. pp. 5, 219, 251).

El libro de Tilley tiene aciertos indudables sobre todo en cuanto reivindicación del problema real del mal frente a la posibilidad de una excesiva simplificación del mismo. Sin embargo, la tesis central del libro es, cuando menos, discutible. En primer lugar, es dudoso que la teodicea tenga como objeto resolver los males de este mundo, por lo que no puede ser acusada de no lograrlo. Dice Tilley: «La teodicea es una práctica puramente teórica que responde a problemas teóricos, no una teoría práctica que responda a problemas reales en la práctica religiosa» (p. 229). Muy bien, ¿y qué? La teodicea no surge ante un problema práctico sino ante un problema teórico —la compatibilidad de Dios y el mal— y no intenta solucionar el mal sino el problema teórico del mal.

En segundo lugar, que la teodicea cree el mal en lugar de resolverlo no deja de ser una tesis retórica que no encuentra ningún apoyo. Ningún filósofo ha pensado que el realizar una teodicea le excusara de ayudar al que sufre. Por otra parte, el autor no discute ni uno sólo de los argumentos desarrollados en

las teodiceas, sino que los descalifica en su conjunto.

En definitiva, Tilley parece rebelarse ante un pensamiento —la teodicea— que no es capaz de reflejar en toda su crudeza la realidad del mal y propone entonces dejar de pensar —¿es esto posible?— y lanzarse a la praxis, a atender al que sufre el mal.

F. Conesa

William P. ALSTON, *Perceiving God. The Epistemology of Religious Experience*, Cornell University Press, Ithaca and London 1991, X + 320 pp., 16 x 24.

W. P. Alston, profesor de filosofía en la «Syracuse University» de Nueva York, ofrece en este libro el resultado de una década de estudio dedicada a la investigación del valor cognoscitivo de la experiencia religiosa. El libro expone de modo sistemático las tesis de Alston, que ya habían sido adelantadas en parte en numerosos artículos.

Según el autor, uno de los modos —aunque no el único— de justificar la creencia en Dios es la experiencia religiosa. La tesis básica del libro es que experiencia religiosa —a la que se refiere como *percepción de Dios*— tiene una función epistémica respecto a las creencias sobre Dios análoga a la que tiene la percepción sensorial respecto a las creencias sobre el mundo físico. Del mismo modo que la percepción sensorial es la base esencial de nuestro conocimiento del mundo, también la experiencia religiosa lo es respecto al conocimiento de Dios. Las creencias que son justificadas mediante la experiencia religiosa son denominadas por Alston *creencias-M* (de «manifestación») y examina especialmente la *práctica mística cristiana* (CMP) con el fin de mos-

trar que es una base adecuada para formar dichas creencias

La clave de la argumentación de Alston está en considerar la experiencia religiosa como una práctica epistémica básica, es decir, como aquella práctica que proporciona el acceso básico a un tema. Alston reconoce que es deudor en este punto de algunas observaciones de Thomas Reid y de L. Wittgenstein. A Thomas Reid atribuye la idea de que en el caso de una práctica epistémica básica es imposible una justificación positiva; basta una justificación negativa, es decir, que no haya razones para considerar que no es fiable. De Wittgenstein —con el que, por otra parte, discrepa en muchos puntos— recoge la idea de que las prácticas doxásticas son plurales y, por tanto, también son plurales los modos de justificación de estas prácticas.

El elemento más discutible de la argumentación de Alston es si la experiencia religiosa puede ser considerada como una práctica epistémica básica —que requeriría sólo una justificación débil o negativa— o no lo es —en cuyo caso requeriría razones positivas para confiar en ella—. El gran obstáculo para ello es el hecho de que diferentes personas de diferentes religiones tienen diferentes concepciones de Dios. La pregunta que siempre queda en pie es: ¿Qué experiencia y la de quién proporciona una justificación *prima facie* para las creencias religiosas? No se pueden considerar todas las experiencias religiosas como verdaderas ya que entre lo que afirma un cristiano y un hindú, por ejemplo, existen evidentes contradicciones. La respuesta de Alston a este problema es que, en caso de contradicción, lo mejor es que cada uno continúe participando en la práctica en la que vive esperando que las contradicciones se resuelvan algún día. Sin embargo, consideramos que esta respuesta

es insatisfactoria ya que el creyente no puede asentir con certeza a lo que cree y a la vez mantener una actitud provisional respecto a la justificación de su fe. La existencia de prácticas epistémicas alternativas obliga a realizar una justificación positiva de la práctica a la que una persona se adhiera; no basta una justificación negativa.

La posición defendida por Alston en este libro es cuando menos provocativa y, aunque no carece de dificultades, el autor realiza una importante contribución al tema, que deberá ser tenida en cuenta en adelante por quienes deseen penetrar en el valor epistémico de la experiencia religiosa.

F. Conesa

M. JAMIE FERREIRA, *Transforming Vision. Imagination and Will in Kierkegaardian Faith*, Oxford University Press, Oxford 1991, 168 pp., 14 x 22

M. Jamie Ferreira, profesor de filosofía en la universidad de Virginia, ofrece en este libro una interesante exposición del pensamiento de S. Kierkegaard (1813-1855) acerca del inicio de la fe. El autor, que ya estudió el tema de la fe en relación con J. H. Newman, se ocupa en estas páginas de las aportaciones del filósofo danés y ofrece una nueva perspectiva desde la cual interpretar sus escritos.

El estudio de Ferreira tiene como objetivo fundamental poner de relieve la importancia que Kierkegaard atribuye a la imaginación en el paso a la fe o conversión. En efecto, la imaginación, en cuanto facultad que capacita para ver lo universal en lo concreto, tiene un papel relevante no sólo en la decisión moral sino también en la religiosa y en la misma fe. Kierkegaard considera la ima-